

JUAN VALERA Y OS *LUSÍADAS*

La fortuna de Camões en España, y en particular la de *Os Lusíadas*, es curiosa y algún día habrá que emprender el estudio de su fulgurante éxito en el momento de su aparición y buena parte del siglo XVII y de sus ulteriores altibajos. Aunque nunca olvidado, ni mucho menos desdeñado, este gran poema no vuelve a ocupar un lugar de privilegio en nuestro país hasta el siglo XIX, iniciándose esta casi resurrección con la traducción clasicista de Lamberto Gil (1818), seguida por la de Gabriel García y Tassara, inédita, y las posteriores del Conde de Cheste (1872), Carlos Soler y Arqués (1873) y Manuel Aranda y Sanjuán (1874). Las fechas de aparición de estas tres últimas traducciones me hace sospechar que, además de la oportunidad de cumplirse por entonces el tercer centenario de la publicación del poema, contribuiría también a su nueva difusión en lengua española el fervor iberista de la época, como pudo haber contribuido, en el siglo XVI, la unión de los dos países peninsulares bajo la corona de Felipe II, para la publicación también de tres traducciones distintas entre 1580 y 1591.

Creo que, si siguiésemos el rastro de la crítica española durante buena parte del siglo XIX, encontraríamos el mismo condicionamiento iberista con respecto a *Os Lusíadas*, a los que Oliveira Martins, en 1879, calificaría de «Testamento de Espanha», diciendo que es libro en que «encontramos clara e superiormente definido aquilo a que podemos chamar a essencia do génio peninsular»¹. Así, Francisco de Paula Canalejas decía en 1861, entre la fronda retórica de su ensayo «Del carácter del poema *Los Lusíadas*, de Luis de Camoens»²: «No es de extrañar consideremos al poema de Camoens como poema de la raza iberica. Si la inspiración que vive en sus páginas es la inspiración que

¹ *História da Civilização Ibérica*, 9.ª ed., Lisboa, 1954, p. 253.

² Recogido en *Estudios críticos de Filosofía, Política, y Literatura*, Madrid 1872, pp. 165-182.

crea nuestra literatura popular y nuestra historia; si a esta observación se añade que los sentimientos que engendran los hechos, que con espíritu de la historia realizaron nuestros capitanes, son sentimientos que en el seno del arte español brotaron, se conocerá no es opinión y sí verdad lo que escribimos. A estas consideraciones literarias se unen otras, buscadas en los severos campos de la historia, que completan y coronan este razonamiento»¹. Y más adelante: «Para llegar a descubrir la fraternidad de la inspiración castellana con la que resplandece en el poema de Camoens, precisa acudir a la poesía popular, al arte primitivo, que es la grave expresión del pueblo, que se levanta pura e inmaculada, sin que la manchen contactos eruditos. Entre el *Poema del Cid*, el *Romancero* y nuestro teatro, o la producción del gran Camoens, es completa la semejanza en sentimientos»². Y aún: «Españoles y portugueses celebran a Luis de Camoens como el príncipe de los poetas épicos, porque sólo a él le ha sido dado llevar hasta el poema heroico la inspiración nativa de las generaciones ibéricas»³.

También Menéndez Pelayo, un Menéndez Pelayo de veinte años, en carta escrita desde Lisboa, en 1876, a José María de Pereda, decía: «... con ser *Os Lusíadas* poema erudito y artístico, ha podido decirse de él con fundamento que es *la poesía más nacional de la tierra*. Pero el espíritu de ese poema no es sólo *portugués*, es eminentemente *español*, porque tendencia y ley general de la raza ibérica fue en los últimos años del siglo xv el extenderse *por mares antes nunca navegados*, llevando la fe y la civilización a los extremos del orbe. Camoens, como gran poeta *español*, comprendió a maravilla aquel movimiento, y como gran poeta *portugués* acertó sintetizándole en los compañeros de Vasco de Gama, y agrupando en torno de la prodigiosa empresa toda la historia real y legendaria de la monarquía de Alfonso Henríquez»⁴.

Pero es quizá Juan Valera, entre los escritores españoles del siglo pasado, quien, aun sin dedicarle un estudio especial, recordó más veces *Os Lusíadas* y citó con más frecuencia versos suyos. Su curiosidad por Portugal debió despertarse en 1850, con motivo de su primera estancia en aquel país como agregado a la legación española en Lisboa, aunque por ese tiempo conocía ya algo de la literatura portuguesa. A partir de entonces, ese interés fue en aumento, culminando durante

¹ *Ob. cit.*, p. 171.

² *Ibid.*, p. 176.

³ *Ibid.*, p. 178.

⁴ En *Estudios y discursos de crítica histórica y literaria*, t. V, Santander, 1942, p. 259.

una nueva y más prolongada estancia en Lisboa, de 1881 a 1883, esta vez ocupando el cargo de ministro de España en aquella capital.

Valera es un caso singular de admiración por Portugal a la vez que crítico acerbo, pero agudísimo, de personas y cosas portuguesas. Tal vez no pueda decirse que fuese un lusófilo, como quería Fidelino de Figueiredo, pero sí un lusista notable, quizá el español del siglo XIX, por lo menos entre los de expresión castellana, que mejor conoció la vida y la cultura portuguesas. Ciertamente que entre juicios certeros se encuentran también opiniones adversas, irritantemente injustas a veces —sobre todo en su correspondencia particular—, pero esto no disminuye el interés de su crítica.

Detengámonos, por esta vez, aunque sea brevemente, en su actitud ante el Camões épico. Valera conoció desde muy pronto *Os Lusíadas*, quizá leídos por primera vez en la versión de Lamberto Gil. En numerosas ocasiones y en lugares inesperados surgen breves elogios del poema y citas de versos o estrofas. Aunque es aventurado señalar límites en obra tan vasta como la de Valera, todavía sin recoger totalmente en libro, yo propondría como lindes de su fervor camoniano los años de 1844 y 1899, fechas de publicación de dos obras suyas en las que la influencia o inspiración *lusiada* resulta sintomática, aunque discutible en el primer caso. Entre esas dos fechas, el nombre de Camões y *Os Lusíadas* saltan una y otra vez en cartas, artículos y discursos. Veamos algunos ejemplos a partir de 1856, aunque podrían señalarse otros anteriores.

En ese año —estamos ya en pleno idilio iberista—, al comentar las *Escenas andaluzas* de Estébanez Calderón, y después de asegurar «que el más firme cimiento de la nacionalidad y el más seguro indicio de la duración vital y de la grandeza de una raza, es que no sea muda y que haya dado dignamente al mundo su pensamiento y su palabra», añade: «Si Camoens no fuese tan español como Lope de Vega y como Cervantes; si no le llamasen sus compatriotas mismos príncipe de los poetas españoles, y si Portugal y Castilla no fuesen España, creeríamos que *Os Lusíadas* eran el mayor obstáculo a la unión futura de ambas naciones. Los pueblos tienen un alma inmortal como los individuos; y Camoens es el alma colectiva de los portugueses. Los pueblos que no tuvieron nunca hombres así, son pueblos sin alma»¹. Sobre esta idea vuelve a insistir Valera en 1860: «Camoens, escribiendo *Os Lusíadas*, levantó el mayor obstáculo a la unión de su pueblo con España,

¹ «Las *Escenas andaluzas del Solitario*», en *Obras completas* (ed. Aguilar, por la que se citará siempre), II, Madrid, 1961, p. 45.

porque magnificó el lenguaje y santificó el signo característico de independencia de la nacionalidad portuguesa»¹.

De 1861 es el siguiente elogio: «Sólo en el poema de Camoens, ora porque el ser heroico de los portugueses alcanzó a coexistir con la elegancia del lenguaje, ora porque el poeta fue el primero que trajo a Europa como un aroma del Paraíso, algo de la naturaleza pujante de la India y algo de las ideas y sentimientos primitivos de aquellas razas inmóviles y como encantadas y embalsamadas, ora por ambas cosas, sólo en el poema de Camoens, repetimos, puede hallarse, a nuestro entender, la realización de la epopeya heroicopopular sincera, creyente y entusiasta, sin ser bárbara y ruda»². Estas encendidas palabras tienen aún ese mismo año el apoyo de otras que Valera escribe al refutar las opiniones sostenidas por Pío Gullón en el folleto *La fusión ibérica* (Madrid, 1861), cuando afirma que Camões es una figura aislada que no forma una literatura. Dice Valera: «Pues qué, ¿los grandes inventos nacen por casualidad, y sin motivo y sin antecedentes, y mueren y pasan, y no dejan huella ni rastro de sí en el país donde han nacido? ¿Tuvieron acaso los portugueses a Camoens, al único poeta épico nacional de la moderna Europa, sin razón para tenerle? ¿Por qué en España, en Francia, en Italia, en Inglaterra carecemos de una gran epopeya nacional, y en Portugal la hay? Porque el refinamiento, el saber y la admirable perfección de la lengua coincidieron en Portugal con el vivir heroico, o a causa de que éste duró más allí, o de que aquéllos nacieron más temprano que en otras regiones. Así es que en estas otras regiones, o tenemos la burla más o menos solapada del vivir heroico, como en Ariosto y Cervantes; o poemas artificiales, aunque riquísimos de poesía, como en Tasso y Balbuena; o relaciones frías o desprovistas de todo ideal, como la *Enriqueida* de Voltaire; o poemas bárbaros y rudos, como el *Cid*, los *Nibelungos* y las canciones de gesta; sobre todo lo que descuella el libro de Camoens, donde se contiene la vida, el espíritu, el corazón, las tradiciones, la gloria y las esperanzas de un pueblo entero./ De la lectura de *Os Lusíadas*, aunque nada se supiese de la historia literaria de Portugal, se debía deducir *a priori* que en Portugal ha habido una gran literatura anterior y posterior. Libros como *Os Lusíadas* no pueden ser un hecho aislado»³.

Volvamos ahora a 1844. En ese año, Valera publica en Granada su primer libro: un pequeño volumen de poesías titulado *Ensayos poéticos*.

¹ *De la naturaleza y carácter de la novela*, O. c., II, p. 185.

² *La poesía popular de Manuel Milá y Fontanals*, O. c., II, p. 203.

³ *España y Portugal*, O. c., III, Madrid, 1958, p. 682.

Valera, estudiante aún, comienza su larga carrera de escritor componiendo estos versos discretos con los que acaso no habría alcanzado ningún puesto en la literatura española. Entre estos juveniles y clasicistas ensayos hay una oda *Al mar*, escrita en 1843, en la que parecen resonar ecos camonianos. Cuando en 1908, ya muerto el autor, vuelve a publicarse este poema, en la primera recopilación de sus obras completas¹, lleva, como otras poesías del volumen, un pequeño comentario. Estas notas, escritas por Valera en los márgenes de un ejemplar de los *Ensayos poéticos* de 1844, habían permanecido inéditas hasta entonces. En la nota correspondiente a la oda *Al mar*, Valera parece salir al paso de cualquier opinión que señalase en su poema alguna influencia camoniana. Es una nota algo malhumorada, donde aparece ese Valera íntimo que tanto desconcierta al compararlo con el Valera público u oficial. El comentario dice así: «De suponer es que en esto del padre Océano quise imitar lo del gigante Adamastor; pero no hay tal. Al escribir mi oda al mar me acordé de Quintana, de Horacio y del coro de la Medea; en Camoens no pensé siquiera, y si parece que le imito, es mera coincidencia. Yo siempre he hallado en Camoens un poeta de mucha ternura, notable ingenio y elevados sentimientos patrióticos; pero nunca un Virgilio, un Ariosto, ni un Tasso siquiera. El mayor mérito de Camoens es haber venido a tiempo para personificar en sí y para compendiar en su poema, como en cuadro sinóptico, todas las glorias de su nación, gloriosísima entonces; pero su mezcla de cristianismo y mitología es tan sin arte y tan sin filosofía, que aburre y desespera al menos avisado. Véase cómo el Tasso, el Ariosto y el Dante supieron usar de la mitología y se notará la diferencia. En cuanto al gigante Adamastor, que es lo que viene al caso, debo decir que no merece grandes elogios. A fuerza de ser feo el tal gigante, no causa miedo, sino asco y risa, con sus dientes amarillos y otras porquerías por este orden. En vano pretende convencernos de que no es titán fulminado por Júpiter. Yo no veo en él sino un ídolo chino, de los que el poeta pudo notar en Cantón. Por más que le dé proporciones colosales, sigue siendo grotesco y no llega a ser sublime y terrible»².

Resulta desconcertante, aunque tratándose de Valera nada debiera desconcertar, comparar estas desabridas líneas con la indignada defensa que nuestro autor hacía de Camões en 1855, contra los juicios negativos —plagiario y pésimo poeta— expuestos por José Agostinho de Macedo en el «Discurso preliminar» a su poema *O Oriente* (Lisboa,

¹ *Poesías*, I, Madrid, 1908, tomo XVII de *Obras completas*.

² *Obras completas*, I, Madrid, 1958, p. 1512.

1814). Decía entonces Valera: «Camoens no ha menester que nadie le defienda de estas atrevidas acusaciones, y a pesar de ellas y del padre Macedo, durará siempre su gloriosa fama; pero creemos no obstante que si los argumentos del padre Macedo no han sido dignamente combatidos, merecen serlo»¹. Y en 1859: «El padre Macedo se propuso probar que el gran épico portugués era un plagiario, y aunque no lo prueba, nos deslumbra al menos y nos hace vacilar con su extraordinaria erudición y la sutileza de sus razones. No creo que Camoens ni otros egregios poetas hayan ido sacando pensamientos y comparaciones ya de este, ya de aquel autor, para engalanar sus obras, haciendo de ellas un verdadero mosaico; pero sí creo que la imaginación y el entendimiento de un hombre tienen notable semejanza con el entendimiento y la imaginación de los otros, y que espontáneamente pueden bien ocurrirse a muchos las mismas imágenes y las mismas ideas»².

Valera es dudoso poeta, al menos en verso. Su oda *Al mar*, correcta, anodina, como lo son, en general, sus poesías, tiene mucho de aplicado ejercicio escolar con modelos, como el autor dice, en Quintana, Horacio y Séneca. Es, sin embargo, difícil, pese a las protestas de Valera, no percibir en su oda un tenue aroma camoniano, y no sólo en la coincidencia con las amenazas del gigante Adamastor a los osados navegantes portugueses. Veamos sólo un fragmento hacia el final de la oda, que el lector podrá comparar con el pasaje, más dilatado, de *Os Lusíadas* (V, 37-44):

*En su palacio de oro,
de ricas perlas y coral luciente,
el dios que rige los inmensos mares
estremeció de cólera el tridente
al ver al hombre que, sus patrios lares
por las ondas dejando turbulentas,
sujetó el hado a su inmortal destino,
a otras tierras abriéndose camino
sin temer las undivagas tormentas.*

*Los genios que sustentas,
Océano, en tu seno, no miraron
la humana audacia con la faz serena;
se enfureció la armónica sirena
y los vientos horribles bramaron.*

*Para oponerse entonces al camino
de Occidente, se alzó como un coloso
el padre de los mares; en las olas
asentado del férvido Océano»³.*

¹ *De la poesía del Brasil, O. c.*, II, p. 41, n. 1.

² *Reflexiones críticas sobre los discursos de Cañete y Segovia, O. c.*, II, p. 133.

³ *O. c.*, I, p. 1377.

Frente a esta destemplada nota redactada en fecha imprecisa, podemos poner un libro publicado en 1899, la otra fecha límite propuesta más arriba. En ese año, Valera, ciego ya y con muy pocos de vida, publica una novela desigual y sugestiva a la vez: *Morsamor. Peregrinaciones heroicas y lances de amor y fortuna de Miguel de Zuheros y Tiburcio de Simahonda*. Este extraño libro, cuya acción tiene lugar en la primera mitad del siglo XVI y es la última muestra de la producción novelística de Valera, tuvo una lenta elaboración a lo largo de varios años, pues en 1896 ya hacía algún tiempo que estaba empezado y no debió terminarse hasta poco antes de su publicación¹. *Morsamor* ha sido comparado con *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*, la última novela de Cervantes. Como ella, es una novela poemática y de aventuras, aunque meridionales y no sólo fantásticas, ya que también las hay reales o, mejor, históricas, si bien éstas sirvan sólo de soporte a aquéllas, como suele ocurrir en las llamadas novelas históricas. Pero *Morsamor* es también, pese a su ironía y su larvado escepticismo, un libro transido de nostalgias: nostalgia de un pasado histórico glorioso, rememorado en momentos dramáticos para España —la guerra de Cuba y el desastre del 98— y nostalgia de una juventud, la del autor, irremediabilmente perdida. En la dedicatoria a su primo, el conde de Casa Valencia, Valera dice: «Para distraer mis penas patrióticas al considerar a España tan abatida, he soltado el freno a la imaginación, que no le tuvo nunca muy firme, y la he echado a volar por esos mundos de Dios, para escribir la novela que te dedico». Y poco después, utilizando una vez más ese doble juego de negar a sus novelas otra intención que la de divertir²: «Yo no trato de enseñar nada ni de probar nada. Si alguien deduce consecuencias o moralejas de la lectura de este libro, él, y no

¹ Para esta cuestión, como para otras relacionadas con esta novela, véase el libro de JOSÉ F. MONTESINOS, *Valera o la ficción libre*, Madrid, 1957. Creo, sin embargo, que Montesinos interpreta mal la carta de Valera de 6 de diciembre de 1898 al Doctor Thebusen, donde no se dice que *Morsamor* esté «ya terminado», sino que, a pesar de seguir empeñado en escribir su novela, «la obra apenas sigue adelante», añadiendo: «Temo, por consiguiente, que no se realice mi propósito de que aparezca en Marzo mi *Morsamor*, ya terminado, en los escaparates de los librereros». Véase *Correspondencia de D. Juan Valera (1859-1905)*, ed. por CYRUS C. DECOSTER, Madrid, 1856, p. 259, y José F. Montesinos, *Ob. cit.*, p. 229.

² Recuérdesse, a este respecto, sus protestas acerca de la inocencia de su mejor novela: «al escribir *Pepita Jiménez* no tuve ningún propósito de demostrar esto o de impugnar aquello; de burlarme de un ideal y de encomiar otro; de mostrarme más pío o menos pío. Mi propósito se limitó a escribir una obra de entretenimiento». (Véase *Pepita Jiménez*, ed. de MANUEL AZAÑA, «Clásicos Castellanos», vol. 80, p. 242.)

yo, será responsable de ellas. Yo sólo pretendo divertir un rato a quien me lea, dejando a los sabios enseñar y adoctrinar a sus semejantes, y dejando a nuestros hombres políticos la difícil tarea de regenerarnos y de sacarnos del atolladero en que nos hemos metido»¹.

Ideas platónicas, creencias cristianas, budismo y teosofía, poesía e historia, se mezclan en esta singular, aunque no conseguida, novela, en la que aparece, una vez más, el mito fáustico de la juventud recobrada.

En efecto, el anciano Fr. Miguel de Zuheros —Morsamor en el mundo—, protagonista del relato, recobra la fuerza y la juventud gracias a los poderes mágicos de otro monje, Fr. Ambrosio de Utrera, y sale, nuevo caballero andante, a correr aventuras, llevando como escudero al travieso hermano Tiburcio, joven compañero de convento, de quien, al final, quedan dudas si «era un diablo o cosa parecida», lo cual daría un significado simbólico a su apellido de Simahonda. Después de haber gozado nuevamente del mundo, Morsamor vuelve a ser el anciano monje del principio, y todas sus aventuras maravillosas, como su maravillosa juventud efímeramente recobrada, quedan, como la vida, sólo en un sueño. A punto de morir, Fr. Miguel de Zuheros —¿Fr. Juan Valera?— se declara desengañado de todo: del mundo y sus glorias. Aunque no de todo: queda el amor. Como en el hondo soneto de Quevedo, sólo el amor parece triunfar más allá de la muerte en este extraño personaje, Morsamor, que une simbólicamente en su nombre el amor y la muerte.

Pero, ¿qué tiene que ver todo esto con Portugal, Camões y *Os Lusíadas*? Es que buena parte de las aventuras que corren Morsamor y su escudero en compañía de otros españoles y portugueses tienen lugar en ámbito portugués y el poema camoniano es, en buena medida, inspirador del libro². Añadamos que en sus páginas se siente aún el vago aleteo de un nostálgico iberismo, hermandad de portugueses y españoles, «los hijos de Iberia», llevando a cabo sorprendentes proezas por mares y países extraños.

Las peregrinaciones de Morsamor, parte central y más extensa de la novela³, comienzan en Lisboa con el elogio de la ciudad y una re-

¹ O. c., I, p. 713.

² Para lo que parece ser el punto de partida de *Morsamor* —el ejemplo de *Don Illán, el gran maestro de Toledo*, de D. Juan Manuel—, véase el citado libro de Montesinos.

³ Esta está dividida en tres partes «En el claustro», «Las aventuras» y «Reconciliación suprema», si bien la última sirve más bien de epílogo.

ferencia al mar y a la expedición de Vasco da Gama —«En el año de 1521 era Lisboa la más espléndida, animada, pintoresca y original ciudad de Europa. Fundada sobre varias colinas, se extendía ya por la margen derecha del Tajo, siguiendo su curso hacia el mar. Los palacios y jardines de dicha margen hacían delicioso el camino que iba y va hasta el sitio donde el rey D. Manuel el Dichoso había erigido graciosa y elegante torre, en conmemoración de que allí se embarcó Vasco de Gama para ir por vez primera a la India, y no lejos del magnífico templo y claustro de Belén, obia de singular y bellísima arquitectura»¹— y terminan en el mar, frente a la costa portuguesa: «El sol, que se alzaba sobre los montes, desgarró los velos de niebla que los envolvían. Morsamor vio entonces el promontorio que estaba cerca y hacia donde dirigía el rumbo su nave. En seguida reconoció que eran los cerros de Cintra, cubiertos de feraz y lozana verdura². En la más alta cima de la Peña, creyó distinguir con envidia al enamorado Bernardín Riveiro, que todavía oteaba la extensión del Atlántico y buscaba con lágrimas la estela de la nave que le arrebató a doña Beatriz»³.

En las páginas de *Morsamor* surgen multitud de personajes portugueses arrancados del sueño de la historia a nueva vida: Danião de Góis, Garcia de Resende, León Hebreo, el rey D. Manuel, el feroz Afonso de Albuquerque, Duarte de Meneses... Historia y leyenda, poesía y realidad, todo le sirve a Valera para construir su libro y perfumar sus páginas: la representación de un auto de Gil Vicente, los trágicos amores de Bernardim Ribeiro, la fastuosa embajada de Tristão da Cunha a la Roma de León X, el bullicio de Lisboa con motivo de la solemne consagración del monasterio jerónimo de Belén, la evocación de las navegaciones y conquistas de españoles y portugueses. Valera se benefició para su novela de muy diversas fuentes —me refiero sólo al dominio portugués—, literarias unas, como Almeida Garrett, históricas otras, como Oliveira Martins. Pero en la base de *Morsamor*, inspirando su aliento épico y dejando huella en muchas de sus páginas, están *Os Lusíadas*, dos versos de cuyo canto I campean como

¹ O. c., I, pág. 736.

² «Já a vista pouco e pouco se desterra / daqueles pátrios montes, que ficavam; / ficava o caro Tejo e a fresca serra / de Sintra, e nela os olhos se alongavam», *Lusíadas*, V, 3.

³ O. c., I, p. 826.

lema al frente de la segunda parte de la novela: «Cesse tudo o que a Musa antiga canta,/ que outro valor mais alto se alevanta»¹.

La ruta que sigue la nave de estos nuevos aventureros es la misma del viaje de Vasco da Gama, desde Lisboa a la India, cantada por Camões, y está matizada con reminiscencias del poema, en verso y en prosa. Cuando comienza la navegación de Morsamor, que lleva como piloto a un portugués, Valera cita los cuatro primeros versos de la octava 19 del canto I:

*Já no largo Oceano navegavam,
as inquietas ondas apartando;
os ventos brandamente respiravam,
das naos as velas concavas inchando.*

Y siguen los «alcázares submarinos», la inmensidad oceánica, «sólo mar y cielo», la isla de Madeira emergiendo «en medio del piélago azul», «con mil lozanos y frondosos árboles». También Camões hace decir a Vasco da Gama, en el relato de su viaje al rey de Melinde: «não vimos mais em fim que mar e céu» y «Passamos a grande ilha da Madeira / que de muito arvoredado assi se chama» (*Lusíadas*, V, 3 y 5). Al llegar al Cabo de Buena Esperanza surge naturalmente el recuerdo de Adamastor, que tanto atemoriza a los navegantes portugueses en el canto V del poema: «Pronto, casi siempre a la vista de la extensísima costa, llegaron al extremo sur del continente negro. El terrible gigante Adamastor, domado ya por la secular constancia y el valor de los portugueses, estaba sin duda de muy buen talante en aquella ocasión, y sin tormentas ni furios, dejó que entrasen en el mar de la India la nave de Morsamor y otras cuatro naves más, que formaban la escuadra en

¹ Años antes, Valera había recordado también estos versos, pero en situación distinta y con intención un tanto aviesa, que venía a apoyar parte de lo que, aparentemente indignado, había rechazado en 1855 y 1859 frente a las opiniones del P. Macedo (véase más arriba). El pasaje a que me refiero ahora es de 1876, y dice así: «Aunque Camoens, con su arrogancia de poeta, y de poeta portugués, exclame al principio:

*Cesse tudo o que a Musa antiga canta
que outro valor mais alto se alevanta,*

no fue bastante poderosa la novedad del asunto para que no repitiese al cantarlo mucho de lo que la musa antigua había ya cantado. En Camoens se nota también la imitación de los clásicos, aunque no tanto como en Sá de Miranda y en Ferreira, egregios maestros de la poesía lusitana». (*La originalidad y el plagio*, O. c., II, p. 461.)

cuya compañía Morsamor navegaba»¹. Y en páginas sucesivas van apareciendo otros nombres familiares al lector de Camões: Sofala, rica en oro; Melinde, cuyo rey «era hijo —dice Valera— del que tan cortés y lealmente recibió a Vasco de Gama y le proporcionó piloto para llegar a Calicut con menor peligro»². El rey recibe también a Morsamor y a sus compañeros con pompa brillante y ruidosos festejos, como años antes había hecho su padre con el navegante portugués. Valera lo recuerda con palabras en cuyo fondo se siente latir el eco camoniano: «Cuando Vasco de Gama aportó allí veinte y tres años antes, el rey melindeño, que era muy pacífico, le recibió leal y amistosamente. El héroe portugués, ya por sí mismo, ya por medio de su alférez Nicolás Coello, había acrecentado tan buenas disposiciones, ponderando la grandeza y el poderío de Portugal y de su monarca. Gama y Coello trataron de hacer creer a los de Melinda que España era la cabeza de Europa y Portugal la cumbre de la cabeza»³. Con palabras de Camões:

*Eis aqui se descobre a nobre Espanha,
como cabeça ali de Europa toda,*

.....
*Eis aqui, quasi cume da cabeça
de Europa toda, o Reino Lusitano,
onde a terra se acaba e o mar começa,*

(Lusíadas, III, 17 y 20)

Después, la nao de Morsamor, «aprovechando la monzón favorable del sud-oeste, y, con mayor rapidez que la ordinaria, cruzó el Mar de la India» y, tras una aventura guerrera en Chaul, arriban a Goa, desde donde irán a Taprobana, «la grande y hermosa isla, donde se crían la canela y el clavo y abundan las perlas en el mar que la ciñe»⁴. De esta y otras plazas orientales que Valera cita, es Goa la que le inspira palabras más brillantes, relacionándola con un episodio famoso de *Os Lusíadas*: «Goa era en aquella edad la Síbaris de Oriente, centro de lujo, regalo y lascivia, donde los vencedores de Adamastor y de todos los genios del Mar Tenebroso recibían el galardón de sus estupendas victorias. En Goa, sin duda, hubo más tarde de inspirarse Camoens para imaginar aquella deliciosa y encantada isla que Venus hizo surgir del fondo del Océano, cubriéndola de amenos jardines, de fragantes selvas

¹ *O. c.*, I, p. 762.

² *Ibid.*, p. 766.

³ *Ibid.*, p. 767.

⁴ *Ibid.*, p. 776.

y de limpios y tranquilos lagos y poblándola de hermosísimas ninfas que, heridas todas por las ardientes flechas de un ejército de Amores, brindasen mil deleites a los felices héroes de su poema y se rindiesen a su talante y deseo»¹.

Valera pasea más tarde a su inquieto personaje por la India misteriosa de la señora Blavastky y del budismo esotérico, que tanto le divertía por la misma época, 1886-87, en que proyectaba o había comenzado ya a escribir *Morsamor*². Lo lleva a continuación a China, seguido siempre de Tiburcio, para hacerlos recalar desde Cantón en Macao, no sin antes citar unos cuantos viajeros y sinólogos portugueses y españoles, entre los que se cuentan «el nunca bien ponderado Fernán Méndez Pinto» y —de nuevo una resonancia iberista— «D. Sinibaldo de Mas, nuestro antiguo amigo»³, y autor, podía haber añadido, de *La Iberia* (1852), el libro más difundido sobre la unión peninsular. En Macao, Morsamor «andaba triste y silencioso, esquivaba el trato y la conversación de todos, hasta del fiel Tiburcio, y para reposar de sus afanes gustaba de ir a esconderse en cierta pintoresca gruta que había entre los peñascos de un cerro y desde la cual se oteaba el mar azul y se descubría muy extenso horizonte». Se trata de la gruta donde, según una tradición, se refugiaba Camões, también taciturno y melancólico como Morsamor. Valera se encarga, a continuación, de informar a sus lectores sobre este particular: «Al escribir la historia de Morsamor, nosotros haríamos célebre esta gruta, aunque ya no lo fuese, pero nos ahorra el trabajo de darle celebridad, la que ya tiene desde antiguo, por la circunstancia de haber imitado a Morsamor, sin saberlo, el glorioso poeta Luis de Camoens, que pocos años después solía ir allí a meditar y a entregarse a los más poéticos soliloquios»⁴.

Aunque presa ya del desengaño, Morsamor emprende en su nao Argo una nueva aventura: regresar a Lisboa por Oriente, es decir, siguiendo el mismo camino, pero a la inversa, que Fernando de Maga-

¹ *Ibid.*, p. 781. No era novedad identificar Goa con la deliciosa Isla de los Amores. Ya Manuel de Faria e Sousa había abordado la cuestión en sus densos comentarios a *Os Lusíadas*, considerando que, siendo Goa la primacía de las posesiones portuguesas en la India, bien podía el Poeta —el poeta con mayúscula es siempre, para Faria e Sousa, Camões— haberse inspirado en ella mejor que en cualquier otra para su «ínsula divina». «Pero todo esto no tiene fundamento», concluye el erudito comentarista (*Lusíadas de Luis de Camoens... Comentadas*, tomo IV, columnas 32 y 35, Madrid, 1639).

² Véase *Epistolario de Valera y Menéndez Pelayo*, Madrid, 1946.

³ *O. c.*, I, pp. 808-809.

⁴ *Ibid.*, p. 809.

llanes, con cuya nave Victoria se cruza, cuando ésta ha entrado ya, en su viaje triunfal, en aguas del Pacífico.

¿Para qué seguir? Creo que estas citas, que podrían multiplicarse, son suficientes para ver hasta donde llega la impregnación camoniana de esta novela y la intención de Valera al hacer en su libro un canto a las glorias pretéritas de los navegantes españoles y portugueses, hermanados en este último ensueño iberista en uno de los momentos más negros de la historia de España.

JOSÈ ARES MONTES